

El presidente y la crisis

SANTIAGO CARRILLO

EL SIGLO, 14.09.09

Cuando escribo estas líneas percibo un runrún de disgusto bastante extendido, desde luego en la derecha --que lo ha iniciado-- pero que a veces alcanza a sinceros militantes de izquierdas, confusos y nerviosos ante las incertidumbres que provoca la crisis.

Naturalmente, la derecha lo ve todo muy claro: *reducción del gasto público, rebaja de impuestos y reforma del mercado de trabajo*. Rajoy ha vuelto a repetir la vieja receta *liberal* a partir de la cual la *mano invisible* del mercado hará el resto.

Aparte de esta fórmula genérica, que sólo puede engañar a estas alturas a los inocentes, el PP no dice más, salvo su imputación a Zapatero de ser el causante de la crisis, de improvisar, de hacer *gracietas*; de no tener soluciones... En fin, de que sólo en la ocupación del poder por este Rajoy --que va pareciéndose cada vez más a un triste personaje de nuestra Historia, Alejandro Lerroux-- está la salida de la crisis para España.

Yo no digo que Zapatero tenga el secreto, la clave, el "ábrete sésamo" capaz de resolver el problema. Nadie lo tiene y nadie sabe exactamente cómo y cuándo saldremos de ella. La única crisis comparable por su magnitud fue la de 1929. Sólo tras la Segunda Guerra Mundial se recuperaron los niveles económicos anteriores a dicho año. Aquella crisis engendró situaciones sociales muy graves y el fascismo fue un hijo natural de ella.

Aquella experiencia ha permitido que hoy los gobiernos sepan mejor cómo salir al paso de algunas de sus peores consecuencias inmediatas. De una manera general, los gobiernos han tomado decisiones para impedir o limitar la quiebra del sistema bancario, porque sin esto el hundimiento de la economía productiva hubiera sido mucho más brutal. Hoy --más que en 1929-- los bancos lo controlan todo. Raro es el ciudadano que no tiene una cuenta en un banco, aunque no sea más que porque muchas de las empresas pagan los salarios a sus trabajadores por medio de la banca. El hundimiento del sistema de la noche a la mañana hubiera sido insoportable.

Lo que digo no significa que ese sistema sea bueno y una de las soluciones definitivas debería ser que el sistema financiero fuera un servicio público gestionado por el Estado.

Pero hoy por hoy había que impedir un colapso radical de la economía. Que esto hubiera sido catastrófico, en primer término para las familias trabajadoras. A partir de aquí hay dos tendencias para abordar las soluciones: una es la clásica de la derecha capitalista, la *liberal* que defiende el PP y que se basa en que la sufran y la paguen los trabajadores, y la de la izquierda, que consiste en hacer crecer la demanda, conservando y aun ampliando la capacidad adquisitiva de la mayoría trabajadora del país.

El "crimen" mayor de Zapatero es haber optado por esta última; que es lo que no le perdona el PP y la derecha en general. Zapatero apuesta por el consenso entre los agentes sociales y, cuando esto no es posible, por el acuerdo con los sindicatos. Es lo que hizo Roosevelt para superar la crisis del 29 en los EEUU, con la política progresista del New Deal. Hacer

que el Estado desempeñara un papel capital en la estimulación de la economía con planes públicos --y al hablar de éstos, me refiero no sólo al Gobierno central, sino también a las autonomías y los municipios-- y la promulgación de medidas que mantengan y aumenten la capacidad adquisitiva de la población. Y esto, si es preciso, a costa de su endeudamiento. Tiene gracia ver a las señoritas Sáenz de Santamaría y Cospedal llorar hipócritamente por el endeudamiento de las generaciones venideras... Para que esas generaciones encuentren un país habitable la condición previa es superar la crisis pagando el precio. No habrá un mañana si no resolviéramos los problemas de hoy.

Sin embargo, existen serias dificultades para el enfoque progresista de la crisis por el Estado: la ausencia de una clara mayoría de izquierda en el Congreso de los Diputados, lo que es un freno para el Gobierno, coincidiendo además con el extremismo derechista del PP, preocupado exclusivamente por derrotar a Zapatero.

La izquierda no debería dejarse influenciar por la táctica de debilitamiento de Zapatero. Si un Gobierno de izquierda tiene que improvisar para capear la crisis, tiene que tener el coraje de revisar sus propias medidas si la práctica lo aconseja. No abundan las experiencias de crisis como ésta y no hay protocolos infalibles para superarlas.